

de que acababa de salir la Inglaterra, despues de las incursiones y la larga tiranía de los normandos. Reprende el Rey no solo los vestidos indecentes de los clérigos, sus gestos disolutos y sus conversaciones obscenas, sino que representa á muchos de estos miembros gangrenados del santuario como á hombres entregados á los últimos escesos de la intemperancia y de la impureza. Sus casas pasaban plaza de lugares infames, ó á lo menos de punto de reunion de los charlatanes y bufones, donde gastaban las noches en juegos de suerte, en cantar y bailar con un estrépito que escandalizaba á los vecinos. „Pero yo empuño el acero de Constantino, dice el Rey á los obispos, y vosotros la espada de Pedro: hagamos uso de ellas al propio tiempo para limpiar la casa de Dios de todo aquello que la deshonra.” Y dirigiendo despues la palabra al santo arzobispo: „ahí teneis, le dice, á Ethelvoldo de Winchester y á Osualdo de Worchester, quienes os prestarán todo género de ausilios. En vuestras manos pongo mi autoridad real para que uniendo á ella la del sacerdocio espelais de las iglesias á los clérigos que las profanan con su vida impura, y pongais en su lugar eclesiásticos de buenas y eemplares costumbres.” No debemos estrañar que los obispos de aquellos tiempos en vista de semejantes comisiones usasen de la potestad exterior, y aun de la afflictiva en ciertos casos. En este espidió San Dunstano un decreto, prescribiendo á todos los canónigos, presbíteros, diáconos y subdiáconos que guardasen continencia, ó dejasen su iglesia; y cometió su egecucion á los dos

obispos que el Rey le habia designado: prelados dignos en efecto de unirse á él, y venerados con culto público despues de haber sido en compañía de Dunstano los restauradores de la vida regular en la iglesia de la Gran Bretaña.

11. San Ethelvoldo, natural de Winchester, recibió en aquella misma ciudad juntamente con San Dunstano el sagrado órden del sacerdocio, de manos de su obispo Elfego, colocado tambien en el catálogo de los Santos (1). Retiróse despues á Glastemburi bajo la direccion de Dunstano, que le dió el hábito monástico; mas la fama de sus virtudes y de su ciencia, en particular en la sagrada Escritura y en las observancias y prácticas regulares, se dilató hasta la corte, y fue causa de que le diesen el monasterio de Abbendon, que estaba en la mayor decadencia, y donde restableció toda la regularidad de los antiguos solitarios. Habiendo vacado entonces el obispado de Winchester, el Rey Edgar le encumbró á esta silla para que hiciese renacer la disciplina entre los clérigos, como lo verificara entre los monges. Principió Ethelvoldo por el clero de su iglesia á desempeñar la comision que habia recibido del concilio y del Rey. Mas eran tan viciosos, tan indóciles é insolentes los canónigos de esta catedral, que no consiguió enfrenarlos toda la autoridad del santo obispo Elfego. Despues de haberles dirigido Ethelvoldo muchas advertencias infructuosas, hizo venir á su pre-

(2) *Act. SS. Bened. sæc. V. pag. 609.*

sencia algunos monges de Abbendon , monasterio enteramente reformado , y el único , á escepcion del de Glastemburi , en que se observaba una regularidad perfecta en todos los dominios de Inglaterra.

Llegaron á principios de cuaresma cuando se celebraban los divinos oficios. Habian tomado de comun acuerdo las providencias que creyeron convenientes la corte y el obispo ; y habiéndose presentado en la iglesia en el mismo acto un ministro enviado por el Rey , ordenó á los canónigos que tomasen el hábito monástico , ó cediesen el lugar á los monges. Salieron todos en desórden aterrados con la sola idea de semejante mudanza , y solo regresaron tres de ellos despues de algun tiempo , sujetándose á las observancias regulares. Este cabildo , convertido en un establecimiento monástico , se llenó muy pronto de dignos varones , acudiendo en gran número las personas piadosas atraidas del buen ejemplo de los monges. Eran tan acreedores á esta humillacion los clérigos espulsos , que no podia esperarse la perdonasen fácilmente ; y así se vengaron con toda la infamia que es natural á unos eclesiásticos disolutos y justamente deshonorados , envenenando á Ethelvoldo un dia que comió en la mesa de los huéspedes. Sintió el obispo el efecto del veneno , y creyendo inevitable su muerte se levantó de la mesa y corrió á recostarse en la cama. Recobrado de este primer susto , dijo dentro de sí mismo : „¿dónde está tu fe , Ethelvoldo ? ¿No dijo Jesucristo que á los que creyesen no les harian ningun daño los venenos mas mortíferos ?” Calmó al pun-

to el dolor siendo perfecta su curacion ; y el santo perdonó á los envenenadores.

12. Era San Osualdo sobrino de San Odon , quien le impuso en las letras y en la piedad : fue canónigo y despues dean de Winchester (1). Mas no produciendo ningun efecto los esfuerzos que hizo para corregir las costumbres licenciosas de los canónigos , se vió obligado á abandonar su dignidad y aun su propia patria , buscando un género de vida menos peligroso para su alma. Retiróse , pues , á Francia , donde tomó el hábito monástico en la abadía de Fleuri del Loira , reputada por los ingleses como la fuente mas pura de la perfeccion ascética. Despues regresó á Inglaterra en fuerza de las repetidas instancias de Odon , que le rogaba que hiciese participantes á sus compatriotas de los tesoros de gracia que habia corrido á grangearse á tanta distancia. Mas no tuvo el consuelo de volver á ver á su santo tio , cuya muerte supo al desembarcar en Douvres. Cumplidos los deberes que prescribe el parentesco , buscó la compañía de Osquetil , obispo de Dorchester , que era tambien deudo suyo , y fue trasladado al cabo de algunos años al arzobispado de York. San Dunstano que miraba de continuo por los progresos de la Religion , dió entonces una idea del mérito de Osualdo al Rey Edgar , que le confirió el obispado de Worchester. Estableció desde luego el nuevo obispo un monasterio de doce religiosos en Westburi , á fin de conservarse allí él mismo con espíritu de recogimiento , y

(1) *Ibid.* pag. 728.

despues fundó otro mas considerable en Ramsci. Por comision del Rey y del concilio transformó en monasterios dentro de su diócesis siete iglesias en que habia unos clérigos de perversas costumbres: reformó tambien fuera de su diócesis las iglesias de Eli y de San Albano, y al fin espiró á 29 de Febrero de 992, despues de haber gobernado santamente por espacio de treinta años.

13. San Ethelvoldo de Winchester, su digno cooperador en el restablecimiento de la disciplina, habia muerto ocho años antes. Llegado á Cantorberi con el obispo de Rochester, San Dunstano, de quien eran ambos discípulos, los recibió con un afecto extraordinario, y los detuvo quanto le fue posible sin poder resolverse á dejarlos. Cuando llegó el caso de ausentarse, los acompañó hasta una distancia muy considerable; pero en el momento de la separacion principió á suspirar, á derramar copiosas lágrimas, y á sollozar de tal modo que no podia pronunciar una palabra. Los dos obispos enternecidos y maravillados, le preguntaron cuál era la causa de una tristeza tan grande. „¡Ay de mí! les dijo, vuestra muerte está muy cerca: ya no volveremos á vernos en este mundo.” En efecto, apenas llegó á su ciudad el obispo de Rochester, cuando le acometió una enfermedad violenta que le sumergió en el sepulcro en pocos dias. Enfermó antes de llegar á su casa San Ethelvoldo, y murió á primero de Agosto del año 984, en cuyo dia venera la Iglesia su memoria.

Transcurridos cuatro años, dia de la Ascension 17

de Mayo, observaron que el santo arzobispo de Cantorberi experimentaba una conmocion extraordinaria al celebrar la misa. Mas no obstante, predicó como lo tenia de costumbre despues de leído el Evangelio, y continuó la misa con gran serenidad hasta la comunión. Volvió entonces á predicar, y exhortó eficazmente á su pueblo al desprendimiento de todas las cosas terrenas. Dado el ósculo de paz, no pudo ya contenerse; suplicó á los concurrentes que no se olvidasen de él, y les afirmó que se acercaba el dia de su muerte. Levantóse una gritería confusa en todo el concurso al oír estas palabras; corrieron torrentes de lágrimas, y salió el prelado de en medio de aquel pueblo desconsolado. Regresó despues de comer á la iglesia á señalar el lugar de su sepulcro, y al punto se vió cercado de un inmenso gentío, al que exhortó á bendecir en todas las cosas la voluntad de Dios, y á confiar en la divina misericordia. Todavía les hablaba cuando advirtió que sus fuerzas se disminuían considerablemente; y no obstante siguió todo este dia y el viernes inmediato consolando é instruyendo á los muchos fieles que corrían á todas horas á pedir su bendición. Ordenó el sábado celebrar en su presencia los divinos misterios; recibió el viático del cuerpo del Señor, y despues de unas acciones de gracias muy fervorosas, entregó su alma al Criador. El número de milagros obrados en su sepulcro fue tan grande por espacio de muchos años, que ocupan una parte considerable de su vida escrita en el siglo siguiente por el monge Osber-

no. Debió la Inglaterra á San Dunstano el restablecimiento de las ciencias ó de los estudios, como igualmente el de la disciplina, que es una consecuencia ordinaria de él.

14. Otros prelados ilustres y piadosos protegidos eficazmente por el Rey Oton, se afanaban al propio tiempo con la misma felicidad en Alemania; pero nadie mostró tanto celo como San Bruno, hermano de este Príncipe, que amaba tambien las ciencias y estaba dotado de igual disposicion para cultivarlas (1). No consiguieron distraerle jamás de su estudio ni el fausto y la delicadeza de su brillante esfera, ni la multitud de hombres frívolos de que estaba rodeado. Enviáronle á la edad de cuatro años á la escuela de Utrecht, donde el sabio obispo Baudri habia reunido maestros escelentes. Aprendió allí los primeros elementos de la gramática, decorando despues todos los autores clásicos griegos y latinos. Brillaban su doctrina y su virtud en la corte del Rey su hermano, donde llegaban sin cesar muchos hombres instruidos desde los lugares mas remotos de Grecia. Esplicábase Bruno en medio de estos hombres profundos con la modestia propia de un discípulo sobre los puntos mas difíciles de los historiadores, oradores, poetas, filósofos y escritores de todas facultades, y muchas veces el alumno servia de intérprete á los maestros. Como la corte no tenia residencia fija, llevaba el Santo consigo su biblioteca; no se distraía á pesar de esta agitacion continua, y aun en los viages se

(1) *Ibid.* pag. 334. = *Sur.* die 18. Octobr.

ocupaba de mil modos. Restableció por último en la Germania el estudio, tan famoso en otro tiempo, con esta aplicacion y con un celo igual por el honor de las ciencias y de las siete artes liberales.

No sufrían detrimento alguno la piedad de Bruno y los egercicios de su caridad por su aplicacion al estudio. Era tan exacta su asistencia á los divinos oficios, quanto admirable su devocion mientras se celebraban. Acudían á él siempre los infieles, de cualquier clase que fuesen, y jamás mostraba el menor enfado por sus importunidades. Las irreverencias mas ligeras en las casas pertenecientes al culto divino, las calificaba de atentados que podían acarrear consecuencias muy funestas. Un dia que advirtió al Príncipe Henrique su hermano conferenciando con Conrado, duque de Lorena, mientras se celebraba la misa, dijo que una amistad tan poco religiosa no podía menos de surtir funestos resultados. Al contrario, bastaba el amor de la Religion para conseguir su cariño; de modo que todos los obispos, los eclesiásticos ó las personas legas que por un impulso de piedad emprendían alguna cosa para el servicio de Dios, le contaban siempre por su protector y patrono.

Preparóse al gobierno episcopal con el mando de algunos monasterios, en los que dejó pruebas de su sabiduría en sus mas floridos años. Redujo á una regularidad exacta á unos de grado y á otros por fuerza, al propio tiempo que empleando la autoridad del Rey les restituía sus antiguos privilegios, con la particularidad de que no tomaba de sus rentas para su

propia persona ni para su familia sino lo que le presentaban voluntariamente los superiores inmediatos. Muerto Vicfrido, arzobispo de Colonia en el año 953, reunió Bruno como de comun acuerdo todos los votos del clero, de la nobleza y del pueblo, y le eligieron segun la costumbre germánica antes de dar sepultura á su predecesor. El orgullo del nacimiento sufocado por la humildad y la dulzura, su liberalidad igual á su reputacion, su modestia, mucho mayor que su ciencia y talento, sus pocos años compensados ventajosamente con la madurez de su juicio y de sus costumbres, y un gran número de cualidades exteriores y personales le grangeaban la general estimacion, llevándose tras sí los ojos de todos. Temian empero que la dignidad concedida no correspondiese á un mérito tan distinguido. Enviaron al Rey Oton cuatro diputados del clero de la catedral é igual número de señores para presentar la súplica, á la que suscribió con tanto agrado este Príncipe religioso, que Bruno tomó al punto el camino de Colonia, donde le recibieron con un indecible regocijo, siendo consagrado sin perder un momento, y colocado desde luego en su silla. Confirióle el Rey al mismo tiempo el gobierno del reino de Lorena, con el objeto de que tuviese mayor proporcion para prodigar beneficios.

15. Oton I que mereció el renombre de Grande, y que en otras circunstancias mas favorables hubiera quizá renovado los dias gloriosos de Carlo-Magno, principiaba á conceder á los prelados de los conda-

dos y ducados unos privilegios semejantes á los de los señores legos, para contrarestar el excesivo poderío de los últimos. Un Príncipe tan ilustre por sus talentos políticos y militares, fue el primer autor de la grandeza temporal del clero germánico, que la ignorancia ó mala fe de tantos declamadores representa como una usurpacion ignominiosa por parte de la Iglesia. Oton conocia del mismo modo que sus censores el peligro que habia en la multiplicacion de estos Soberanos subalternos; pero habian llegado las cosas á un punto tan delicado, que era tan difícil remediar el mal como arriesgado el manifestar que le temian. Sin embargo, para evitar los abusos del nuevo orden de poder á que elevaba á los obispos y abades, ordenó que no usasen de él, á no ser con la asistencia y direccion de ciertos ministros que les dió con el título de asesores, quienes dependian del Rey y le estaban siempre subordinados. Si despues sacudieron este yugo, debemos atribuirlo, no menos que en los señores legos, al tiempo, á las circunstancias y á las pasiones que la Iglesia ha condenado constantemente en las personas que están dedicadas á su servicio con mayor rigor que en los demás fieles.

16. Libertó tambien Oton I á la Italia de la anarquía y opresion que la destrozaban por espacio de cerca de un siglo, á causa de las facciones y celos de una multitud de déspotas. Tales eran los duques de Friuli y de Spoleto, los Reyes de Arlés ó de una parte de Bretaña, y los marqueses de Ivrea en el